

A close-up, high-resolution photograph of a man's face, focusing on his eyes, nose, and mouth. He has a light beard and is smiling, showing his teeth. He is wearing white earbuds. The image is partially covered by a dark blue semi-transparent rectangle on the left side, which contains white text.

VARIOS AUTORES

**DE LA OSCURIDAD
A LA LUZ**

Vidas cambiadas por un
encuentro con Cristo
encarnado en personas

CAMINO DE DAMASCO 06

VARIOS AUTORES

DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

Vidas cambiadas por un
encuentro con Cristo encarnado
en personas

CAMINO DE DAMASCO

06



Colección: CAMINO DE DAMASCO
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Varios autores
© Digital Reasons, 2019
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16 - 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco, montaje portada
Diseño de interior: Enrique Chuvieco
ISBN: 978-84-120315-0-8
Depósito legal: M-28752-2019

Ficha bibliográfica: Varios autores (2019): *De la oscuridad a la luz*, Madrid 2019 (Digital Reasons).

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

ASALTO AL CIELO: NIKOLA DJUKIC	5
«Al principio 10 euritos, luego conseguir 150 a cualquier precio»	8
Dios habla a través de personas	12
Una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos	16
La historia del agua: ocho veces diarias	20
«El frío conserva, vais a quedar muy guapos»	27
«¡Dame la carta!»	35
«Entendía el español; el andaluz, nada»	42
 EN LA PERIFERIA DE LOS PSIQUIÁTRICOS, TRASTORNOS Y DEPRESIÓN	47
«Las luces encendidas de su despacho»	51
«Jesús, ¿Por qué sufro tanto?»	55
«Como dos osos en una cueva»	57
«La noche en que Jesús metió la mano en el infierno y me sacó»	60
 ME LLAMO JUAN	65
«Y yo yendo a la escuela como un tonto»	66
La parte B	69

Con el «mono» auestas.....	72
«¡Juan! ¡No lo hagas!»	73
«Y me metí en el charco grande»	77
«Dile a tu hijo que desaparezca, como no lo haga le vamos a arrestar»	79
«¡Vamos a rezar...!», «¡rézalo tú!»	81
Un carácter fuerte.....	83
«Para que ellos se puedan perdonar los contratos falsos».....	85
Ver a Dios en las personas y en la naturaleza	87
Después del calvario viene la resurrección	89

VOLVER A LA VIDA TRAS DÉCADAS

DE ALCOHOLISMO	93
Infancia	93
Inmigrante en Madrid a los 13 años	94
Alcohol y mujeres	95
A las 7.30h en Ermita del Santo, 46	99
Lourdes: un gusto que crece por «una madre encantadora»	100



ASALTO AL CIELO: NIKOLA DJUKIC

Voy a hablar de luz, de amor... solo de amor; de un amor verdadero, inmenso e incondicional; un amor de un Padre verdadero y un Padre real, que existe. Es un amor que tiene un nombre muy sencillo y muy concreto: se llama misericordia. Porque yo creo que hoy estoy vivo solo gracias a su misericordia; y soy testigo de que su mi-

sericordia es inmensa; porque todo lo que vivo hoy es solo gracias a ella.

Yo vengo de una familia normal: nada de esas historias de padre alcohólico que nos pegaba...; no, no, no. Mi padre era un deportista bastante conocido. Para casarse con mi madre se escapó de la preparación para las olimpiadas. Soy hijo único, mi padre era hijo único y mi madre tenía un hermano que tenía dos niñas pequeñas... Lo cuento para que entendáis que era el centro de atención de mis padres, de mis abuelos. Nunca me faltaba nada; nunca me faltaba amor. Hoy entiendo que lo que faltaba en mi familia era Dios: nunca se hablaba de Dios; faltaba la oración, porque mi abuelo era comunista y mi padre no estaba bautizado. Cuando digo que no estaba bautizado es porque es verdad: se bautizó hace cuatro años, gracias a la misericordia, que él ha visto con sus ojos.

Mi infancia para mí era perfecta. Cuando nací mis padres eran muy jóvenes, tenían dieciocho, diecinueve años... y yo pasaba mucho tiempo con los abuelos. Ya sabéis como son los abuelos. A mí me dieron un poco más de libertad que a mis compañeros y ahora entiendo que eso me hizo mucho daño. Porque a lo doce o tre-

ce años, si mis compañeros salían hasta las nueve, mis abuelos me dejaban salir hasta las diez; y quedaba con chicos que tenían tres o cuatro años más que yo. Me sentía distinto.

Mi padre era un chico del barrio, conocido por todo el mundo, por ser deportista. Gracias a eso, a mí se me abrían las puertas fácilmente: buscaba la compañía de chicos mayores que yo. Empecé a salir a discotecas bastante joven. A los trece o catorce años ya tenía el aspecto de un adolescente de diecisiete. Empecé a salir y conocer la vida de la «noche» —yo hasta entonces había vivido en el mundo de los críos de trece o catorce años— y a descubrir un mundo distinto, donde empiezan a aparecer los miedos, inseguridades y todas las cosas que vive un niño. Yo quería ocultar todas esas cosas porque yo era fuerte: por ejemplo, recuerdo que cuando iba al colegio todo el mundo contaba que había estado en un picnic o una barbacoa con sus padres y yo contaba que había estado en una discoteca. Todos me miraban con los ojos como platos... Yo era el rey del mundo, pero con muchos miedos e inseguridades. Tenía que usar máscaras.

«Al principio 10 euritos, luego conseguir 150 a cualquier precio»

Empecé con dos o tres cervecitas, un «porro» (me dije que no pasaba nada): no tenía miedo. Estaba seguro, pues creía que yo era un hombre, ¡con trece o catorce años! Pensaba que había encontrado algo que era perfecto, que me ayudaba a ser la persona que yo quería ser. Pero hoy puedo decir con seguridad y claridad que la droga es un demonio; un demonio que te toma el pelo y que todo lo que te presenta es falso, porque tú crees que eres libre, pero no lo eres; te estás convirtiendo en esclavo; crees que vuelas, pero caes al fondo... estoy seguro que tienes un lugar especial al lado de Satanás porque se está llevando muchísimas almas. Cuando estás al lado del demonio mano a mano, te dejas llevar por la mentira. Yo me hice mentiroso. Especialista en usar máscaras: era una persona en casa, otra persona en el colegio, otra persona en la calle... y a mí me iba perfecto. Al inicio necesitaba diez euritos para el fin de semana, para divertirme, pero a lo largo del año llegué a necesitar 150 euros diarios y estaba dispuesto a hacer absolutamente todo para conseguirlos.

Cuando llego al punto que entiendo que mi vida depende de la droga —que en el inicio eran porros, pero luego cocaína—, que se aborda con gran irresponsabilidad, mucha gente decía: «Pero esto es como un *gin-tonic*, esto no es droga, mucha gente con éxito la está tomando». Pero no es así: es un demonio que te toma el pelo para hacerte creer que es así.

Llegué al punto donde ví que necesitaba ayuda, porque salir de la droga solo es imposible: yo lo he intentado diez veces por lo menos: lo dejé una vez un mes; una vez estuve limpio un año, pero luego recaí. Teníamos psiquiatras, psicólogos, médicos a los que acudir, pero ellos no pueden ayudar a un drogadicto, porque un drogadicto no es un enfermo y no existe una pastilla que te pueda ayudar. A mí me gusta decir que un drogadicto es un estado del espíritu, pero no es una enfermedad. Yo sabía muy bien lo que tenía que decir para conseguir las pastillas que me gustaban y que me iban a ayudar a aguantar hasta que encontrara heroína.

Cuando dejas la droga se crea un vacío, un vacío tremendo. Por ejemplo, cuando se toman drogas, cada vez tienes que tomar algo más fuerte para sentir sensaciones más

fuerter... pero después de la cocaína y la heroína lo único más fuerte es Él (se vuelve y señala al sagrario); lo único que puede llenar el vacío que dejan la cocaína y la heroína es Jesús: yo estoy convencido de eso al cien por cien. La única ayuda que he encontrado ha sido en la Comunidad del Cenáculo. Mi familia quería ayudarme, por supuesto, pero después de engañarlos una, dos, diez veces, mi padre me dijo: «Mira, te mato y ya está». Como he dicho, mi padre era practicaba halterofilia y, además, donde no hay Dios no hay mucha esperanza. Y como creció en un barrio donde sus amigos morían (por causa de las drogas?), él no creía que pudiera salvarme. Creo que eso es lo que me salvó la vida, porque yo escapé de casa; tenía que salir de casa y encontrar la verdad solo. Los amigos ya no estaban, porque cuando tienes dinero tienes amigos; en ese mundo se funciona así: tienes droga, tienes amigos; no tienes, no están.

Entonces yo me encontré solo —soy hijo único—. Cuando llamaba a mi padre, me colgaba el teléfono —parece duro—, pero es lo que me salvó la vida: mi padre y su carácter un poco duro es lo que me salvó la vida. Yo estoy seguro de eso, porque tener un drogadicto en casa es como ayudarle a

que se mate poco a poco, porque no hay muchos caminos para un drogadicto: o, si tiene suerte, termina en la cárcel o lo encuentras una mañana muerto en el baño.

Yo empecé a hacer de todo para conseguir la droga, perdí las ganas de vivir, me daba igual vivir o morir. Los últimos meses, cuando salía de casa —cada mes cambiaba de vivienda porque me buscaba la policía. Cuando vives en ese mundo, vives engañando también a gente peligrosa. Los últimos meses cerraba la casa y esperaba: quería que alguien me matara, no tenía ganas de vivir y no tenía la valentía de suicidarme... con veintitrés años. Y llegué a un punto donde una noche, volviendo a casa, veo un coche delante de mi casa y pensé que era la policía que me esperaba, no sé si era verdad o no, pero yo escapé y esa noche encontré a un amigo que empezó a hablarme de Medjugorje. Concretamente de una comunidad que se llama Cenáculo. Yo no había ido nunca a Medjugorje —había oído algo, me sonaba—, pero es curioso que yo después, estando en el Cenáculo, después de dos años recordé que yo esa noche pasé al lado de una iglesia y dije: «Por favor, Dios mío, si existes, por favor, no puedo más, no puedo más».

Dios habla a través de personas

Ese chico estuvo cinco meses en el Cenáculo, salió y continuó drogándose y esa noche estuvimos en su casa drogados los dos. Él casi no podía hablar y me dijo de entrar en el Cenáculo. Hoy pienso muchas veces: «¡Qué curioso! Cuántas veces Dios nos habla a través de personas». En ese momento, ese chico casi no podía hablar, pero él me salvó la vida. A través de él, Dios me trajo a la comunidad del Cenáculo. No sé qué ha sido de ese chico, si está vivo o muerto... A veces me acuerdo de él, porque me trajo a Medjugorje y al Cenáculo.

Eso fue un jueves y el lunes yo estaba en Medjugorje. Él me había contado que se rezaba un poquito —¡¡¡tres rosarios diarios!!!—, la Misa; que se trabajaba algo —¡¡¡de las seis de la mañana hasta las seis de la tarde—, y lo más importante: todo gratis. Medjugorje estaba a 600 kilómetros de mi casa y me dije: «Perfecto, me voy a esconder allí un mes». Esa era mi idea. El lunes estaba en Medjugorje. Como no tenía documentos tuve que pasar la frontera sin ellos, porque yo vivía en Serbia y Medjugorje está en Bosnia-Herzegovina. Cuando llegué allí vi un pueblo muy raro

—gente rara, grupos, gente de color, otros coreanos...— y pensé: «¿Pero qué está pasando aquí?». Pregunté dónde estaba el Cenáculo? Llegué allí y al primer chico que me encuentro le pregunté cuanto tiempo llevaba allí; me dijo que dos años. Pensé que estaba loco, pues llevar dos años entre montes. Estaba allí y fue el primer momento que abrí mi corazón y le dije: «¡No puedo más!» y le conté todo.

Normalmente en el Cenáculo se hace una preparación para entrar, pero a mí me cogieron inmediatamente. Me aceptaron y luego empezaron a hablarme del Cenáculo y de algunas cuestiones que mi amigo no me había dicho, como que no se fumaba, ni se bebe, no puedes salir cuando quieres, no hay tele, no hay periódico, no hay radio, no hay teléfono, no puedes escribir a tu casa cuando quieres, no hay chicas... Justo enfrente de casa está el monte donde se apareció la Virgen. Entonces un chico me dice: «¡Pero tío, está la Virgen!» Y yo me dije: «¡Madre mía dónde estoy! 600 kilómetros sin documentos, sin nada para ver a estos chiflados, y ¡me está hablando de la Virgen!, madre mía ¿qué he hecho?». Pero pensé: «He tenido muchas dificultades para venir; ahora no puedo decir mu-

chas gracias y volverme», además no tenía ni dinero ni nada... Y me dije: «Vale, voy a aguantar un mes». Yo fumaba tres paquetes al día. El 27 de octubre de 2003 fue la última vez que fumé dos cigarrillos, uno detrás de otro... y me dije: «Ellos son ochenta y si ellos pueden, seguro que yo también puedo dejar de fumar».

Después se acercó un chico y me presenta a otro y me dijo: «Mira, este es tu ángel de la guarda». Le dije: «¿Qué?». Era un chico que me llegaba al hombro. Muchas veces quise «matarlo», porque era muy pesado. Cuando entras en el Cenáculo, una persona está contigo 24 horas. ¿Qué quiere decir 24 horas? Vas al baño y él está a la puerta; se duerme en literas (yo dormía arriba y él abajo... si yo quería bajar él me oía y también me acompañaba, ¡24 horas!). Os podéis imaginar, cuando mis padres me preguntaban dónde iba, les contestaba: «¿Qué te importa dónde voy?». Me iba y cerraba la puerta. Aquí cuando quería ir al baño tenía que preguntar si podía ir al baño, por eso es normal que quisiera «matarlo» varias veces. Y cuando me dijo lo de la oración a las seis de la mañana, de rodi-las y lo de rezar tres rosarios me sonaba muy raro; de todas maneras yo no sabía

qué es un rosario, aunque algo me sonaba. Dije, vale, a mí eso no me interesa; yo no he rezado en mi vida y no lo necesito. Y ellos dijeron: «Sin problemas. Mañana, con tu ángel de la guarda, cuando todo el mundo vaya a rezar, vosotros os vais a trabajar».

Perfecto, no tenía problemas en trabajar. Entré en el Cenáculo el 27 de octubre y en esas fechas en Medjugorje hace fresquito, pero si te toca un viento que se llama Bora te puedes poner la ropa que quieras que... Pues justo ese día empezó a soplar Bora, ese viento frío, frío... Todo el mundo se fue a la capilla a las seis de la mañana, todavía de noche; todo el mundo en la capilla rezando y nosotros trabajando y yo congelándome, y viendo las ventanas de la capilla donde se estaba calentito. Llegó un momento que dije: «Tío, vamos a rezar», pero era solo para no pasar frío.

Para mí, fue un shock; podéis imaginar un chico que nunca había oído una oración, si acaso el Padre nuestro. Entonces entro en una capilla donde están ochenta chicos arrodillados delante de un disco blanco... uno dice: «Ave María...», todos: «Santa María...». Además se reza en italiano porque la comunidad es italiana. Horroso. Recordé esas películas de ángeles y demo-

nios. Me dije: «¿Pero qué es esto, una secta?». Os podéis imaginar uno que nunca ha oído las oraciones y entra y ve ochenta chicos arrodillados rezando... De todas maneras era mejor que estar fuera pasando frío. Después de unos días entendí que son cinco misterios del rosario. Cuando pasaba el ¡tercer misterio! pensaba: «¡Ya vamos por la mitad! ¡Vamos, a aguantar!». Y todo el tiempo de rodillas, no te podías sentar. De rodillas y después de cada misterio una canción... El rosario dura media hora larga.

Una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos

Para mí, los primeros días se trataba de aguantar, solamente aguantar. Una cosa curiosa es que yo podía decir que estaban locos... pero esos chicos tenían una sonrisa de oreja a oreja, una luz (un brillo) en los ojos que yo no había visto antes. Yo había estado con gente que tenía oscuridad en los ojos. Yo noté esa diferencia. Algo pasó dentro de mi corazón y pensé: «Están locos pero son felices». Dentro de mí se despertó una curiosidad. Al final me quedé en el Cenáculo un poco más de un mes: seis años. Y fueron los seis años más bonitos de mi

vida. Yo nunca vi nada sobrenatural; estando en Medjugorje tampoco... no vi nunca a la Virgen ni nada, pero vi los milagros que ocurrieron en mi interior.

Os he dicho que quería matar a mi «ángel de la guarda», pero allí encuentras amistad, una amistad verdadera; porque estamos acostumbrados a que nuestros amigos nos digan cosas bonitas, si alguien te dice algo que no te gusta, ya no es tu amigo. En el Cenáculo no se funciona así, el amigo es el que tiene la valentía de decirte la verdad a la cara; y mi «ángel de la guarda» era muy valiente, aunque era pequeñito. Me decía a la cara: «Eres un vago, un egoísta». Luego iba a la capilla, porque hay tres rosarios al día y antes o después te toca ir a la capilla y me decía: «Ya no voy a hablar más con él. Hemos terminado, ángel o no ángel me da igual». Ya sabéis que cuando estás enfadado con alguien la cabeza empieza a dar vueltas y lo ves todo negativo. En mi interior, me decía sobre él: «Es la peor persona del mundo, no tiene nada positivo y se permite hablarme así. Dice que soy egoísta, porque en la comida me serví primero a mí agua, solo por un poco de agua. Y en la merienda teníamos dos manzanas y yo cogí la más grande, porque soy más gran-

de, y él me dijo que era un egoísta...; y le dije: «Si tú hubieras llegado primero, ¿cuál habrías cogido?»; dijo: «La pequeña»; y le dije: «¿Dónde está el problema?, ahí la tienes». Es difícil quitarse de la mente la forma de pensar de «la calle», de ser siempre más «listo». Todas esas cosas me venían a la cabeza en la capilla y pensaba: «Puede que sea un pelín egoísta, pero... voy a hablar con él».

Ese fue el milagro más grande que me ha pasado delante del «disco blanco», delante del Señor: que yo empecé a entender mis equivocaciones; que empecé a entender qué quiere decir pedir perdón cuando te equivocas.

Otra cosa que me impresionó fue que una noche, en los primeros días, vi una furgoneta de la casa destrozada —me gusta contar algunas anécdotas que para mí fueron shocks; cosas que yo nunca había vivido; en mi familia funcionábamos así: si haces algo bien tienes un premio, si haces algo mal, un castigo, punto—. Yo había visto la furgoneta destrozada delante de la casa y esa noche, un chico se levanta y dice: «Quiero pedir perdón porque ayer iba conduciendo muy rápido, me salí de la carretera y me estrellé contra un árbol,

y la furgoneta quedo destrozada». ¡Veinte mil y pico euros!. Yo pensé: «¡Madre mía!, seguro que tienen una cárcel abajo. A ver qué pasa». Todo el mundo dijo: «Gracias». Él se sienta y no pasa nada. El segundo o el tercer día se levanta otro y dice: «Quiero pedir perdón porque cuando estaba trabajando con una pala la forcé demasiado y la rompí». Pensé: «Pero que tonto, si estabas solo, escondes la pala y ya está, en vez de quedar mal delante de todos». Cada vez que pasaba algo así todo el mundo daba las gracias». Una «pasada...». Y yo empecé a entender que todo lo que buscaba en la calle estaba en el Cenáculo, porque esos chicos eran libres, tenían una libertad verdadera: decían la verdad, se sentaban con una sonrisa, no estaban agobiados. Mi «ángel de la guarda», el primer amigo verdadero de mi vida, la primera persona que tiene la valentía de decirme las cosas como son. Eso es lo que yo buscaba en la calle, amistad verdadera y libertad verdadera, y estaba ahí... y empecé a enamorarme del Cenáculo, de la vida comunitaria. Y me quedé un poco más de un mes. Llegó noviembre, con nieve y pensé quedarme hasta primavera. Todo el mundo que va al Cenáculo cuenta su conversión, pues yo

estuve dos años en Medjugorje como el rey del mundo, dando testimonios...

Después de dos años, cuando creía que estaba sano, que lo había entendido todo, que había encontrado a Dios, amigos verdaderos, testimonios en el Cenáculo, donde llegan muchos peregrinos, me mandan a otra casa en Rusia, a 200 km de Moscú, a un bosque donde estuve con otros cinco chicos: dos italianos, dos croatas, un chico de Macedonia y yo. Cuando llegué a Rusia me di cuenta de que no había entendido nada; que los dos años de Medjugorje no me habían hecho nada; que mi oración no era oración. Os lo digo sinceramente: lloré no como un niño, lloré como una niña; lo único es que siempre me escapaba a la capilla, donde nadie me veía y allí empecé a rezar de verdad pidiendo: «¡Señor, ayúdame! ¡Ayúdame a aguantar!», porque estábamos en una casa en un bosque donde muchas veces nos faltaba comida. La comunidad del Cenáculo vive de la Providencia.

La historia del agua: ocho veces diarias

Madre Elvira cuando fundó la primera casa de la comunidad del Cenáculo en el

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *De la oscuridad a la luz*, número 6 de la colección Camino de Damasco. El libro completo reúne cuatro testimonios de vidas que salieron de la droga, la depresión o el alcohol gracias a un encuentro con Cristo encarnado en personas.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/de-la-oscuridad-a-la-luz

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Asalto al cielo: Nikola Djukic.** De la cocaína y la heroína en Serbia a seis años en la Comunidad del Cenáculo, de Medjugorje a Rusia: la historia completa que acabas de empezar.
- **En la periferia de los psiquiátricos, trastornos y depresión.** Un testimonio desde el sufrimiento psíquico hasta «la noche en que Jesús metió la mano en el infierno y me sacó».
- **Me llamo Juan.** La escuela, el «mono», la amenaza de arresto y un carácter fuerte, hasta ver a Dios en las personas y la resurrección tras el calvario.
- **Volver a la vida tras décadas de alcoholismo.** Una infancia, la llegada a Madrid con 13 años, el alcohol y las mujeres, y el camino que pasa por Ermita del Santo y Lourdes.

Testimonios en primera persona, con la voz de sus protagonistas.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-120315-0-8



Escanea para comprar